

ha estado en esta ciudad en esta última época. — Español, célebre, mi amo..... no sé de ninguno. — ¡ Desmemoriado que tú eres! ¿ Dónde confinaron los franceses á *Cabrera* luego que se refugió á Francia? — Es verdad, mi amo: ¡ majadero de mí! ¿ Pero está aquí todavía, señor? — No, hombre; ¿ no sabes que ahora está en la isla de Hieres, donde le trasladaron porque en este país se le resentía la salud al pobrecito? »

Previne pues á nuestro *commissionnaire* que nos dirigiera ántes que todo á la ciudadela. Á la exhibicion de nuestros pasaportes extranjeros, nos fué permitida fácilmente la entrada. Hallábase cuajada de tropas, restos del ejército de observacion que el gobierno frances habia hecho aproximar á las fronteras de Bélgica con motivo de aquel amago de conspiracion orangista que en Brusélas se habia descubierto. Recorrimos á nuestro sabor la ciudadela, obra maestra del famoso *Vauban*, cuya principal defensa consiste en las aguas que llevan sus dos hileras de fosos, y que en su forma se semeja mucho á las de Pamplona, Ambéres, y casi todas las ciudadelas de alguna consideracion. Preguntámos al guia por la morada que habia sido de *Cabrera*: él no la sabia, pero un oficial á quien se dirigió se prestó amablemente á enseñárnosla: la ocupaba á la sazón un coronel. En el pequeño rato que permanecimos en ella, notábase en la fisonomía de Tirabeque no sé qué impresion que le producian sin duda los recuerdos del inquilino. « Señor, me decia, paréceme que despide esto todavía un tufillo á tigre que no me hace buen estómago: no sé cómo este señor coronel tiene valor para vivir aquí. »

Hablámos los oficiales y mi paternidad un rato sobre el carácter feroz del héroe de las falanges carlistas; celebrámos no poco la sensacion que sus recuerdos le hacian á Tirabeque, y salímos de la ciudadela. Despues nos enseñó el guia el *café de Lyon* donde acostumbraba á ir *Cabrera*, haciendo sus escapadas la mayor parte de las tardes, en virtud de la estrechez con que los franceses le tenian aprisionado, y de la rigurosa vigilancia que sobre el monstruo tortosino ejercia su policia, dejándole salir donde y cuando le acomodaba.

Cruzámos los bellos paseos de las afueras de LILA; pasámos por el elegante puente construido por Napoleon; recorrimos sus bellas, rectas, largas y bien construidas calles (excepto la infinidad de callejones sin salida, de que mas que otra alguna abunda aquella ciudad); visitámos sus templos; algunos de sus muchos establecimientos científicos, de beneficencia, ó de puro recreo; su

palacio de justicia, de nueva construccion, elegante arquitectura y lujosos pavimentos; su teatro, cuya fachada principal se estaba levantando con ostentacion; su museo de cuadros de la escuela flamenca, en que por no dejar de hallar en todas partes á *Rubens*, nos encontramos con un *San Francisco* y un *San Buenaventura* suyos; sus puertas, ricas de esculturas, algunas de ellas imponentes y magnificas, como la de Paris; su almacen de granos, con 400 ventanas; su hospital general, de bellas é inmensas dimensiones; su biblioteca de 24,000 volúmenes; y no me acuerdo que otros monumentos, que los tiene muchos y muy notables aquella capital del décimosexto distrito militar de Francia.

LILA se puede llamar tambien la ciudad de los molinos de viento: no por docenas, por centenares se cuentan en sus afueras estas máquinas importadas del Asia, y de cuyo mecanismo tanto se ocupó *Daniel Bernoulli*.

CAMBRAY.

Continuámos nuestra ruta, y á las ocho de la noche llegámos á CAMBRAY, ciudad de 18,000 habitantes y 5,000 pobres, tambien fortificada y con ciudadela. Aquí nos concedió el conductor ocho minutos de descanso para tomar un té. « Diga Vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque, ¿ no se ha hecho tambien alguna paz en CAMBRAY? — En efecto que se hizo, Pelegrin. En 1529 se celebró aquí un *tratado de paz* entre Carlos V y Francisco I. — Ya decia yo: ¡ sobre que llevo la cabeza llena de paces! ¿ Y no fué esto tambien de los españoles en otros tiempos? — Y mucho que lo fué: nada ménos que por cerca de un siglo. — ¡ Ay! mi amo, mi amo! ¡ Lo que va de ayer á hoy! Ayer todas las tierras que hemos corrido eran nuestras, y hoy somos en ellas tan extranjeros como los chinos: ayer éramos los amos, y hoy no nos entienden el habla. Muchacha, abrevia con ese té, que se pasan los ocho minutos. »

Ni la hora ni la premura del tiempo me permitieron ver el monumento erigido por David en honor del famoso *Arzobispo de Cambray*, el inmortal FENELON.

« Al carruaje, señores, gritó el conductor, que se han pasado los ocho minutos. » Pero no puedo ménos de referir lo que en

CAMBRAY nos pasó con los pasaportes, en prueba de lo bien montado que los franceses tienen este ramo de policía.

Como unas tres leguas ántes de CAMBRAY nos fueron pedidos los pasaportes á todos los viajeros. Los entregámos sin salir del carruaje : vimos que un empleado entraba con ellos en una oficina : el carruaje continuó sin detenerse, y los pasaportes quedaban allí. ¿ Cuándo y cómo nos son devueltos nuestros pasaportes? Con no poco recelo veníamos en verdad, y no sin fundamento, porque el carruaje no se detenía, y no veíamos el medio de poder recuperarlos, mucho mas cuando se nos anunció ser tan corta la detencion en CAMBRAY. Pues bien, al montar en la diligencia en esta ciudad, he aquí un empleado que se aparece diciendo : « *voilà, Messieurs, vos passeports.* » Ya estaban refrendados. Aquel empleado del gobierno habia ido en posta á alcanzar á los viajeros. El conductor sabía que á los ocho minutos estaria allí infaliblemente. Entretanto se relevaba el tiro, y los viajeros tomaban su refaccion. ¡ Admirable exactitud en el servicio público, é ingeniosa combinacion para no irrogar la mas pequeña extorsion ni causar el mas mínimo detenimiento á los viajeros !

SAN QUINTIN.

Las tres de la mañana eran cuando se estaba haciendo el relevo de caballos en SAN QUINTIN. Pocas impresiones de sorpresa habré recibido en mi vida mas agradables que la que me causó el oír el *carillon* del elevadísimo campanario de lá antigua catedral de SAN QUINTIN, tocar, para dar las tres, con toda la perfeccion que pudiera hacerlo la mas armoniosa orquesta el himno de los *Puritanos* :

Soune la tromba intrépida.

La noche estaba clara y serena ; el silencio no podia ser mayor ; la sensacion que causaba era indefinible : el placer de un género extraño y enteramente nuevo.

— Señor, me decia Tirabeque ; San Quintin, San Quintin. . . . aquí seria *la de San Quintin*. — En efecto fué aquí, Tirabeque ; y no creas que tengo poca satisfaccion en hallarme en esta célebre ciudad ; lo que siento es no poder detenerme en ella. — Y

diga Vd., mi amo : ¿ qué fué esa de *San Quintin*, que siempre estoy oyendo : *hubo la de San Quintin, habrá la de San Quintin?* que diablos fué esa *de San Quintin*, que tanta memoria ha dejado? — Voy á explicarte lo que fué *la de San Quintin*.

Hasta las cercanías de SAN QUINTIN se extendia la dominacion española en tiempo de Felipe II. Los franceses habian quebrantado una de esas paces de que tú llevas la cabeza llena, y deseoso el monarca español de vengar esta injuria y esta falta de fe al tratado, entregó un poderoso ejército á Philiberto de Saboya, que sucedió á doña María en el gobierno de Flándes, para que se acreditase con algun hecho famoso que impusiera á los franceses. Determinó pues el nuevo general en jefe hacer una hombrada. SAN QUINTIN era entónces la plaza fronteriza que tenían mejor guardada y con mas cuidado vigilada los franceses, y por lo mismo se empeña Philiberto en tomar á SAN QUINTIN, y la pone sitio, y la estrecha mas y mas. Esto era en 1557.

Sostenia el almirante Coligny las esperanzas de la guarnicion. Montmorency, que le habia ofrecido socorros, puso en movimiento un ejército de 23,000 hombres, y mandó colocar la artillería en una altura, y que tirase continuamente y sin cesar contra el enemigo. Audelot, hermano de Coligny, trató de introducir socorros con barcas por la laguna, pero sobre no haberlo podido lograr salió herido y tuvo que refugiarse á la ciudad con muy pocos. Entónces el saboyano, jefe del ejército español, se determinó á dar una batalla decisiva. Y entónces fué, Tirabeque, cuando hubo *la de San Quintin*. La caballería española embistió con tal impetu y tal pujanza, que desordenados los escuadrones y los coraceros franceses, dieron en su misma infantería, causando en ella un horrible estrago. Los escuadrones españoles la perseguian por todas partes victoriosos, y no se veia por los campos de *San Quintin* sino franceses muertos, heridos ó fugitivos, que formaban el mas triste y doloroso cuadro que se puede imaginar. — Alegre y divertido dirá Vd., señor, no que doloroso y triste : que la paguen, que bien lo. . . . — Calla esa boca, hombre ; ¿ no ves que estamos entre ellos?

Diez mil franceses aseguran los historiadores que murieron, entre ellos sus principales jefes, el vizconde de Turena, el vizconde de Montmorency, el hijo del conde de Pompignan, Claudio de la Rechechovard, Juan, duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, y otros muchos. Quedaron prisioneros el condestable Montmorency, general del ejército, su hijo Mompenn-

sier, Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés, Rochemen, y el ringrave coronel de los alemanes. Se asegura, Pelegrin, que fueron hechos prisioneros 2,000 nobles y 4,000 soldados; y que se tomaron 20 cañones, 90 banderas y 300 carros de municiones y bagajes. Mira si fué memorable *la de San Quintin*. Los nombres de los que se encontraron en esta batalla son célebres y lo serán siempre en la historia, los unos por la derrota y los otros por el triunfo. Y lo mas gracioso fué, Pelegrin, que esta victoria costó muy poco á los españoles.

Tan gozoso fué este dia para nuestros compatriotas, que el rey Felipe II, en conmemoracion perpétua de él edificó el Escorial, dándole la advocacion de San Lorenzo, en memoria acaso de haber sido el dia de San Lorenzo cuando Montmorency puso en movimiento sus tropas, y en su virtud se decidió el general español á dar *la batalla de San Quintin*.

Señor, confieso que no tenia noticia de nada de cuanto Vd. me acaba de referir, y que me ha dado Vd. un buen rato; que aunque con agua pasada no muele molino, bueno es que á los españoles nos haya quedado que contar. Ahora ya miraré yo el Escorial con mas aficion que ántes: y cuando oiga decir: «*habrá la de San Quintin*,» preguntaré al que lo diga: «¿á que no sabe Vd. cuál fué *la de San Quintin*?» Regularmente no lo sabrá, y entonces le diré yo: «pues amigo á correr tierras como yo, que viajando se aprende.»

Aun tenia Tirabeque la palabra en la boca cuando le interrumpió el ruido del carruaje, que echó á rodar por aquel maldito arrecife de piedra que hay de *Lila* á *PARIS*, que así da magullamiento al cuerpo como atronamiento á los oídos.

Dejámos pues á *SAN QUINTIN*, célebre en el dia por sus muchas y excelentes fábricas de batistas, blondas, encajes y otros tejidos: y continuando nuestra marcha, pasámos por *Compiègne*, de inolvidables recuerdos para mí (1); y al dia y medio de haber salido de *LILA*, y con el quebranto consiguiente á una marcha de 58 leguas sin descansar, dieron fondo nuestras dos humanidades reverendas al anochechar en la infernal y celestial *PARIS*.

(1) Tomo 1º pág. 179 y siguientes.

De Paris á Bayona.

Otro medio volúmen sería necesario si hubiera de trasladar al papel las nuevas observaciones que tuvimos ocasion de hacer en los dias que por via de descanso permanecemos en esa ciudad-mundo que llaman *PARIS*. Porque estar en *PARIS* y no ver cada dia cosas nuevas, envuelve algo de contradiccion y es una semi-imposibilidad. Refrendámos pues nuestros pasaportes para España, y habilitados de nuestros respectivos billetes de diligencia, porque de la *malle-poste* no nos fué posible adquirirlos, nos empaquetámos á las siete de la noche en una de las de *Lafitte-Cailard*, y tomando otro camino del que á la ida habíamos llevado, pasámos por *Versailles*, *Chartres*, *Vendôme*, etc., y al cabo de dos dias y tres noches de andar despacio y comer de prisa, de dormir poco y no descansar nada (que al mas paciente le recomiendo las tres noches y los dos dias que se pasan viniendo en diligencia de Paris á Burdeos), llegámos asendeados y sin hueso que bien nos quisiera á la capital de la Gironda.

Allí se vengaron nuestros cuerpos y nuestras lenguas; aquellos entregándose al quietismo y al reposo, estas ejercitándose con los amigos, que no sé de cuál de las dos cosas recibimos mas placer, si de dar descanso al cuerpo, ó de dar ensanche al espíritu, á aquel en desquite de sus largas fatigas, á este en recompensa de su prolongada privacion de hablar y departir con amigos y compatriotas.

Satisfechas en la parte posible estas los necesidades, salimos para Bayona. ¡Qué silenciosa y qué yerma parece la ciudad de Burdeos! ¡Y qué desaliñado y qué pobre se encuentra el medio-día de la Francia, aquella cuando se acaba de dejar á Paris, y este cuando se viene de los países del norte!

Hecho otro pequeño descanso en Bayona, nos disponemos á hacer nuestra entrada en España.

Por un lado sí, por otro no.

Notable y singular es la lucha de encontrados afectos, y de opuestos sentimientos y deseos que experimenta un español al resolverse á regresar á su patria; lucha que se aviva tanto mas cuan-

to se acerca el momento de verificarlo. Se entiende, cuando no es un español desnaturalizado; cuando es un español en quien el *amor patriæ* se ha conservado puro y no ha sufrido menoscabo y desperfecto, y vuelve tan español como había salido; cuando *hispani ibant et revertabantur*, como nos sucedía á Pelegrin y á mí.

Por una parte se siente dejar unos países que las circunstancias de los últimos tiempos han favorecido mas que al país propio; unos pueblos que respiran prosperidad y abundancia; que ofrecen regalo y comodidades al cuerpo, deleites y placeres al espíritu, pasatiempos á escoger al desocupado, y cosechas de provechosas lecciones al estudioso. Por otra parte se ansia volver á pisar un suelo favorecido por la naturaleza, recibir las influencias de un cielo alegre y privilegiado, respirar el aire español, beber las aguas puras de la tierra natal que en vano se buscaron con avidez desde que se puso la planta en suelo extranjero. Por una parte se siente salir de unos países donde se goza de una paz envidiable, donde se tiene una seguridad individual completa; para entrar en otro país agitado de discordias políticas, y donde el individuo y sus intereses no están seguros de ser atacados en los caminos, en las poblaciones y en las mismas casas. Por otra parte se anhela dejar unos pueblos donde el egoísmo tiene sentado su trono, donde el interés es el móvil único universal de todas las acciones, donde no se conoce la franqueza, donde todo es simulacion, todo exterioridad, todo mentira; para entrar en el país de la franqueza y de la hidalguía, en el país del corazón y de los sentimientos sublimes, en el país donde se ama por inclinacion, donde se ofrece con desinterés, donde el ofendido sale al encuentro al ofensor y le manifiesta su resentimiento cara á cara.

Pero en esta lucha de encontrados afectos, experimenta el español una fuerza interior irresistible que le arrastra hácia su amada España, que le hace quererla con todos sus defectos, suspirar por ella, no ver llegado el momento de pisar tierra española; no se aparta de su imaginacion el puente de Behovia, y apenas dará un paso sin decir: « ¡cuándo me veré yo del otro lado del puente! » Y cuenta las jornadas que le faltan, y cuenta también las leguas y las horas que van pasando, y dice para sí, como yo Fr. Gerundio decía: — « Si yo que salí de mi patria temporal y espontáneamente, si yo que acabo de hacer un viaje de pura instruccion y recreo, con tal cual comodidad y sin sufrir privaciones, con la libertad de volver á mi patria cuando mi independiente voluntad lo determine, siento esta impaciencia, esta

ansiedad, este deseo vehemente, este aguijante anhelo de verme restituido á mi patria, ¡qué no sufrirá el infeliz expatriado á quien sus delitos, ó sus errores, ó su desgracia, ó quizá también sus virtudes, tienen cerradas las puertas de la patria, ó indefinidamente ó para siempre, y se ve reducido á alimentarse del negro y amargo pan que acaso la compasion extraña le proporciona! » Y dábanme lástima, y conmiseracion y grima. Y no obstante añadía yo: — « En el estado de agitacion, de intolerancia y de recrudescencia á que han llegado en España las pasiones políticas, ¿será extraño que algun día me toque venir á aumentar el número de los desgraciados que ahora compadezco? ¡Ah! ¿qué español puede decir en esta época: yo no me veré precisado á emigrar? »

Para desechar estas tristes ideas, le dije á mi Tirabeque: « Parece, Pelegrin, que te alegras de volver á España. — Señor, me respondió, por un lado sí, por otro no. — ¡Hola! ¿y se puede saber por qué lado te alegras, y por qué lado lo sientes? — Señor, por un lado siento que se acabe esta vida que traíamos, que de puro buena, algunos ratos me parecia mala: por otro lado estoy deseando perder de vista estos arrastrados de extranjeros que no cobran ley á la camisa que traen puesta, y tengo ya unas ganas de entenderme con los míos, que desde luego ofrezco un abrazo al primer mayoral español que se nos depare. — Y yo ofrezco también hacer una pequeña demostracion á los soldados que se hallen de guardia en el puente de Behovia para que echen un *piscolabis* en honra y gloria de nuestra vuelta á España. »

La entrada.

Inexplicable fué la alegría de Tirabeque al dejar la última diligencia francesa y entrar en la primera española. Tendió los brazos en toda su longitud, y en seguida estrechando en ellos al mayoral, le decía: — « Feo eres, así Dios me salve (y era así la verdad), pero se conoce que eres español legítimo, y te abrazo con toda mi alma y todo mi cuerpo con mas gusto que si fueras una Venus del Olimpo; y si como tienes esas barbas de á pulgada, estuvieras afeitado, te había de dar un beso mas apretado que el que di á las reliquias de Santa Úrsula y las once mil vírgenes. »

Es de una naturaleza particular é indefinible la sensacion de gozo que experimenta el español, cuando despues de la silencio-

sa y triste monotonía de los conductores franceses, vuelve á oír por primera vez la alegre vocinglería de los mayores y zagales españoles, los gritos de : — « *Valerosa, pulida, coronela : ¡ ay ! si voy allá ! por vida de Jesus me valga esa panadera ! la corza ! la corza ! déjala, no la mates : rrrrá....* » Y aunque á los ocho pasos tenga que detenerse el carruaje porque se rompió una cuerda y se enredaron otras (cosa que no se ha visto en 800 leguas andadas por el extranjero), esto mismo hace gracia, y se convierte en sabrosa salsa y alegre risa.

Al repasar el Bidasoa, el corazón se ensancha naturalmente, y naturalmente no puede ménos de exclamarse : « Gracias á Dios que estamos en nuestra tierra. » Hice llamar al sargento de guardia, cumplí mi promesa hecha á los soldados, de lo cual ellos no se manifestaron pesados ; y dando tumbos el carruaje, señal de haber entrado en calzada española, llegamos á Irun, donde los dos viajeros empezamos á recibir obsequios y demostraciones de afecto de parte de la oficialidad de la guarnición, y de los empleados de la aduana, del correo y demas, complaciéndome de pagar ahora este pequeño tributo de gratitud á aquellos hermanos, ya que otra ocasión no he tenido ántes de poderlo hacer.

David, judío y cojo.

No puedo dispensarme de hacer particular mención de algunas circunstancias de la jornada de aquel día. Desde Bayona veníamos en compañía de varios españoles, todos de buen humor, y todos piés útiles y dispuestos para la broma y el *gaudeamus*, tan necesarios para neutralizar las molestias de un camino. Pero entre todos descollaba por la jovialidad de su genio, por su bulliosidad y viveza, y por la oportunidad de sus chistes el célebre judío *David Séches* comerciante y morador del barrio de *Sancti-Spiritus* de Bayona (1), hombre de mediana edad, buen *coram-vobis*, pero mas cojo que Tirabeque, testigo la muleta *sine qua non*.

(1) Por eso dije en nota á la página décima del tomo 1º que parecia estar yo destinado á viajar con nombres del Antiguo Testamento. Empecé en el camino de Búrgos con el niño *Moisés* (aunque cristiano de la nueva ley). En Holanda caminé con un *Samuél* : en Alemania viajé con un *Josué*, y en Bayona se me agregó un *David* : amen de otros de que no he hecho explícita mención.

He dicho « el célebre judío, » porque *David Séches* es realmente conocido y célebre por su buen humor, no solo en Bayona, sino tambien en las provincias vascongadas, á las cuales hace frecuentes viajes, en las que tiene largas relaciones mercantiles, y cuyo trato y comunicacion le ha puesto al corriente y en aptitud de producirse y explicarse con todo desembarazo no solo en español, si que tambien en vascuence. Asi pues el bueno de *David* tan pronto nos entonaba con su voz de sochantre una canción española, como una zarzuela ó vaudeville frances, como un zorcico vasco : y pasando del « *allons, enfants de la patrie* » de la Marsellesa, al « *serenos, alegres, valientes y osados* » del himno de Riego, y de este al « *tamborilúa, trám pam trám, chilibituchúa, chilibituvá* » de Vizcaya, alborotaba los pueblos del tránsito, atraía los chiquillos al rededor del carruaje, y á nosotros nos llevaba siempre entretenidos y alegres.

De las canciones pasaba á los cuentos, chascarrillos y acertijos, de que era un depósito inagotable, pudiéndoselas apostar al mismo autor de la *Floresta española*, si bien algunos no harian el mejor juego en una Floresta por lo subido del color.

En los pocos ratos de intervalo que ni cantaba ni contaba, se batian y escopeteaban Tirabeque y él en toda regla, versando comunmente sus polémicas y razonamientos sobre las cualidades de judío y de cojo, comun de los dos la una, é individual la otra, y ofreciánselos á uno y otro chistes y ocurrencias que nos hacian reir mas de lo que ya buenamente nuestros cuerpos sufrían. Por la noche, cenando en Tolosa, discurrió Tirabeque una estratagemma ó tranquilla para ver cómo arrancaba á David, aunque fuese momentáneamente, una confesion de fe en Cristo : y tomando en la mano un vaso de *sagardúa* ó vino de manzanas, se levantó, y haciendo levantar tambien al judío, le dijo en alta voz : « Señor David, ¿ juráis por Dios y por nuestro Señor Jesucristo que este vino no es de cepas ? » Pero el muy ladino de David contestó á renglon seguido y sin vacilar : « Señor Tirabeque, juro por Dios y por vuestro Señor Jesucristo que no lo es. »

Pelegrin se quedó mustio con la respuesta, diciéndome por lo bajo : « Señor, me venció el maldito judío : » lo que en su boca tenia tanta fuerza como el « *viciste, galilee* » del emperador é impío Juliano. Celebraron todos la oportuna respuesta de David sin envidiarle la creencia : y el resultado fué que el tal David, nos dió la jornada mas divertida que en mi vida viandante he tenido : él